Ante los "objetos" del pintor Manolo Millares

Una arpillera rota, desgarrada
por donde sale el corazón herido.
Pero no pasa nada;
sólo que hemos reído.

Sólo que hecho jirones clavo a clavo
de esto que llaman vida el saco roto
cubría un hueso esclavo
como un rostro remoto.

La sangre derramada injustamente
por todos los rincones de la tierra
llega humilde y caliente
como una pobre perra

para lamer en la desgarradura
hasta teñir el clavo, el hueso, el mundo,
hasta poner al rojo la basura
y al muerto vagabundo

que resucitará en cualquier instante
para volver a ser triste arpillera
y roto agonizante
que ya no tiene espera.

Una mano implacable zurcidora
recompone, reúnida y atacados
y hay un cordel que ilustra
su triste zigzaguear. Por los clavos

no de Cristo, del hombre están pidiendo
piedad estos despojos.
La vida: una arpillera que pudriéndo-
se va, ante nuestros ojos.

Dónde fue la hermosura, dónde el suave
color de las mañanas y las luces.
Dónde dejó el pincel su temblor de ave
y el pintor se hizo cruces.

El pintor se hizo cruz y se hizo fosa
y se puso a gritar sobre sus trapos
gritos o piedra al agua cenagosa
donde escupen los sapos.

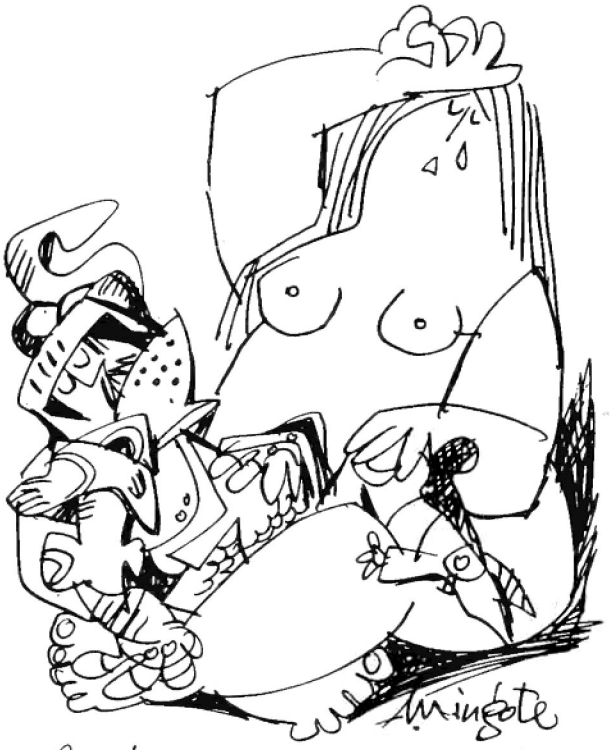
Vendrán los secos rastros temblorosos
de frustración como alucinaciones
a dejar sus desechos andrajosos
y sus mutilaciones.

Vendrán los abultados tegumentos
y el alquitrán vistiendo los tumores
y arrugarán, deformarán qué vientos
trágicos los turgentes, fastidiosos.

Las telas, tumefactas,
que injuria el ruin desvío
son como secas actas
de un muerto mundo vivo.

Y la triste arpillera
que es el hombre atrapado
llora como endaquiera
viéndose retratado.

ANTONIO MINGOTE



Para ÍNFORA NOVA, muy cordialmente